

Teorías, prácticas y representaciones de la categoría "campesino" entre *los peludos* de Bella Unión, República Oriental del Uruguay*

Silvina Merenson

Conicet/IDAES-UNSAM

Correo electrónico: smerenson@unsam.edu.ar

*A mi me llaman peludo
y he nacido en Bella Unión.
Soy uno de los que pudo
meterle miedo al patrón...*

La categoría "campesino", como otras tantas de las utilizadas por las Ciencias Sociales, resulta simultáneamente una categoría teórica, política y nativa. "Campesino" es producto de un debate académico/político, es un elemento constitutivo de las tipologías clasificatorias del mundo social y es una nominación puesta en acción, significada y representada por los actores sociales que se definen a sí mismos o definen a los otros a partir de ella. Las páginas que siguen abordan esta complejidad en cuatro apartados: en el primero ofreceremos un sucinto estado de la cuestión que tiene por objetivo dar cuenta de las principales discusiones que estructuran el debate académico y político en torno a la categoría "campesino". En el segundo y en el tercer apartado presentamos el sujeto sociopolítico autodefinido como *peludo*¹,

integrado por los cortadores de caña de azúcar que, en el transcurso de la zafra residen en Bella Unión, ciudad fronteriza ubicada en el departamento nórdico de Artigas, en la República Oriental del Uruguay.² En ambos acápites, luego de explicitar el marco histórico en el que cobra entidad este sujeto, abordamos los contextos y los interlocutores ante los cuales se

innumerables oportunidades proveyéndome de ideas más que productivas, agradezco los comentarios recibidos.

¹ *Peludo* proviene de la analogía con el Tatú. Como este animal de la zona los zafreiros caminan encorvados sobre la tierra, ennegrecidos por la melaza adherida a la piel después de cortar la caña quemada.

² Bella Unión es la única ciudad uruguaya emplazada en la triple frontera territorial que la República Oriental del Uruguay comparte con la República Argentina y con la República Federativa de Brasil. Los límites territoriales corresponden a dos corrientes fluviales: al oeste el río Uruguay define el límite territorial con la República Argentina. Frente a Bella Unión está ubicada la ciudad de Monte Caseros, provincia de Corrientes. Al norte, el río Cuareim define el límite territorial con Barra do Cuareim, Rio Grande do Sul, en la República Federativa de Brasil. Allí, en Bella Unión, entre 2004 y 2007 desarrollé mi trabajo de campo, de tipo etnográfico, con vistas a la elaboración de mi tesis doctoral. El trabajo de campo, que incluyó múltiples y diversas formas de observación y observación participante entre los *peludos* tuvo por objetivo general el análisis de los procesos de constitución de este sujeto sociopolítico atendiendo a los modos de acción, representación y significación de 1940 a la actualidad y sus traducciones en las narrativas nacionales uruguayas.

* El texto que sigue es una reelaboración del trabajo presentado para la acreditación del seminario de doctorado "Aproximaciones a los estudios campesinos: clase, acción colectiva y subalternidad", dictado por las doctoras Carla Gras y Karina Bidaseca. Algunas de sus ideas fueron presentadas en el GT "Campesinado y representaciones de lo rural", coordinado por la Dra. Renata Menasche y el Dr. Hugo Ratiner en el marco de la VI RAM, Montevideo, 16-18 de noviembre de 2005. A todos/as los/as mencionados/as hasta aquí y a Pablo Semán, que escuchó mis dudas y argumentos en

autodefinió y se autodefine como "campesinos". Finalmente, en las conclusiones provisionales de este texto, planteamos los diálogos y las tensiones posibles que podemos advertir para una categoría cuya capilaridad constituye un desafío a la hora de pensar sus posibles usos y significados.

El debate acerca del campesinado

Desde la consolidación del sistema capitalista, aunque con intervalos, el debate acerca del "campesinado" no ha dejado de suscitar polémicas. Como "cuarta clase" ubicada entre la clase media rural y los asalariados (Delich, 1972), como "sociedad parcial con una cultura parcial" (Redfield, 1956) o como "un sector de baja clasicidad" (Shanin, 1979), entre otras muchas caracterizaciones, la definición de la categoría "campesino" ocupó a una innumerable cantidad de autores.

En el siglo XIX, algunos de ellos se mostraron particularmente preocupados por el devenir político del campesinado en el proceso revolucionario y por la posibilidad de pensarlo como clase social. En *El dieciocho* Brumario de *Luís Bonaparte*, Marx (1971) no sólo afirma que el campesinado francés "forma una clase en sí" y "no para sí", que no puede representarse sino que tienen que ser representado, sino que también define dos problemas que van a ser estructurantes del debate que nos ocupa. El primero de ellos refiere a la construcción de la oposición campo-ciudad (capital-propiedad del suelo) como depositaria de sentidos, intereses y acciones políticas diferenciales. El segundo tiene por eje la identificación del campesinado con el primer término del binomio tradición-modernidad. Ambos pares opuestos (campo-ciudad/tradición-modernidad) marcaron fuertemente el debate, especialmente entre los teóricos de la llamada "nueva ruralidad" que postularon un *continuum* urbano/rural para los trabajadores del campo (Carneiro, 2000), para pensar esta relación como articulación de realidades diversas, persistentes y sedimentadas.

En la segunda parte del siglo XX, los trabajos encuadrados en la perspectiva de la "nueva ruralidad", sustentados en el diagnóstico de "realidades mutantes" para el campo, se propusieron poner fin a la dicotomía rural-urbano que los estudios clásicos ponderaban como modelo analítico de las realidades sociales. En su lugar postularon para las sociedades complejas la existencia de una diversificación de los usos de los espacios y las relaciones sociales. Este aparente cambio, en principio, estaría dado por "la industrialización de la agricultura y la urbanización de las comunidades rurales" (Gómez: 2001: 6), cambios que destacarían las diferencias territoriales, ocupacionales, ambientales y demográficas, entre otras. Sin embargo, tal como sugiere Bengoa,

"afirmar que existiría una 'nueva ruralidad' significaría que al menos se han producido cambios fundantes de importancia, nuevos sujetos, nuevas relaciones productivas y nada nos dice que aquello ocurra de una manera homogénea y definitiva. Lo nuevo y lo viejo se siguen confundiendo muchas veces de manera curiosa" (2003: 63).

Pero volvamos a la exposición cronológica del debate que nos ocupa. Dentro de lo que podrían considerarse los abordajes marxistas clásicos, los trabajos de Lenin y Kautsky aportaron una serie de reflexiones en torno a los nuevos tipos de población en el campo (la burguesía rural o la proletarianización del campesinado) y problematizaron la necesaria relación de dependencia política entre el campesinado y el partido. También, desde una concepción entre romántica y populista, se destacan las observaciones de Chayanov, destinadas a explicar la producción doméstica y el aspecto social del individuo. Más allá de los puntos de contacto existentes entre su trabajo y los de Marx que ya fueron señalados por Archetti, lo que nos interesa resaltar aquí es la atención prestada por Chayanov a "los mecanismos a partir de los cuales un actor dado toma decisiones en el sistema de producción, aunque no tenga plena conciencia de esto" (Archetti, 1985: 13). El interés de Chayanov por considerar los rasgos subjetivos y la valoración que otorga a la unidad familiar en su definición del campesinado son dos de los aspectos centrales de su contribución a este debate que, años después, retomará Redfield (1930)

en sus análisis de las "pequeñas comunidades" y la teoría de la modernización.

Hasta aquí, en resumen, lo que algunos autores denominan "campesinado clásico" estaría definido a grandes rasgos por la subordinación a una sociedad global, la dedicación al cultivo de la tierra cuyo dominio poseen, el trabajo basado en una economía predominantemente familiar y la producción basada en la subsistencia (Ratier, 2004). Así, tal como puede observarse, la definición clásica de "campesinado" se muestra fuertemente anclada en su relación comparativa con las formas capitalistas de producción, de lo cual parecería derivarse su clasificación dentro de lo "tradicional" por oposición a lo "moderno".

Ya en el siglo XX, en el contexto de los procesos revolucionarios latinoamericanos, la "cuestión campesina" cobró nueva dimensión abonando el debate con interrogantes que, si bien recuperaron las primeras preguntas acerca del potencial revolucionario del campesinado, se detuvieron en una serie de análisis que, al menos en sus objetivos, pretendieron superar explicaciones unívocas ancladas en la renta, la tenencia de la tierra y la relación con el capital. Entre ellos, el trabajo de Eric Wolf (1973) incluyó en la agenda del debate una serie de preguntas acerca de la diversidad que atañe a este sujeto, el rol que juega en su comportamiento político los mediadores, el lugar que ocupa la tradición y las relaciones sostenidas con el mercado y el Estado. Más allá de la concepción de "clase" que propone su trabajo, lo que debemos mencionar aquí es la intención de asignar grados de autonomía al campesinado para analizar su motivación y acción política. Como veremos, el caso que abordaremos en el próximo acápite, pone en relieve crítico la cuestionada definición de Wolf de los "campesinos rebeldes" como "anarquistas naturales" (Wolf, 1985: 400) que, no obstante, pueden "aliarse" con una "intelectualidad armada, dispuesta a beneficiarse del desorden prevaleciente para imponer un nuevo orden propio" (Wolf, 1985: 402).

Más allá de las discusiones que a la luz del miserabilismo puedan surgir sobre las consideraciones de Wolf, lo que nos interesa resaltar aquí es el lugar que ocupan las lógicas y racionalidades en el marco del desarrollo del capitalismo como uno de los componentes a tomar en consideración para

de definir la categoría "campesino". Más recientemente, Kearney (1996) propuso un nuevo modo de abordar esta categoría. Tributario pero crítico de los aportes de Wolf, el autor propone un análisis que ponga en cuestión a "sujetos de clase diferenciados" dentro de un nuevo espacio político, social y cultural fuertemente marcado por las tensiones que hoy supone la diferenciación entre lo urbano, lo rural y lo global. Aún cuando su propuesta valora la estructura económica, de clase y de derecho, este autor reflexiona acerca del espacio social en el que se mueven los sujetos y las nuevas relaciones sociales que construyen dentro del marco capitalista.³

Contemplar las racionalidades de los actores sociales en el marco de la consolidación de las relaciones de producción capitalistas, tal como señala Bidaseca (2005), es un elemento presente en el debate argentino, específicamente en la introducción que Archetti y Stölen (1975) hacen de la categoría *farmer* para designar a quienes en Argentina, en el norte de la provincia de Santa Fe, "están altamente integrados dentro de una sociedad industrializada caracterizada por un alto nivel de división del trabajo y relaciones capitalistas de producción e intercambio" (Bidaseca, 2005) y cuya particularidad es la imposibilidad de acumular capital.

Se hace evidente que, en el debate argentino, la mayoría de los trabajos se centran en el intento de desentrañar las especificidades locales del campesinado. La primera distinción se ubica entre quienes utilizan indistintamente "campesino" y "minifundista", aunque aceptando que la carga teórica del primero es mayor (Posada, 1996). Según este posicionamiento los campesinos serían los productores agropecuarios que, utilizando predominantemente la mano de obra familiar, se distinguen de otros productores familiares por la ausencia de acumulación sistemática de capital a causa de restricciones estructurales que lo impiden (Posada, 1996). Como señala Ratier, el debate en la Argentina

3 Hay en Kearney una preocupación compartida, más allá de las críticas que pueda recibir este posicionamiento, con los denominados "estudios subalternos". Específicamente en lo que respecta a la posibilidad de pensar la agencia de los actores sociales y a éstos como sujetos "migrantes, tanto en sus propias representaciones culturales como en la naturaleza cambiante de sus pactos" (Manifiesto Inaugural, 1998).

observa una notable influencia chayanoviana, "máxime cuando se enuncian en ellos las categorías económicas presentes en el tipo social minifundista: el ingreso total bruto, los costos en efectivo, lo que resta para la subsistencia familiar y el ingreso no monetario" (Ratier, 2004: 3).

Con lecturas más o menos centradas en lógicas socioeconómicas que definirían al campesinado local, todos los trabajos mencionados tienen como denominador común la intención de instalar en el campo académico un problema teórico y político referente, más que a la ausencia, a las condiciones de invisibilidad del sujeto campesino. Sin embargo, pareciera particularmente ausente en los textos reseñados la tematización o las preguntas por las autodenominaciones o de las razones por las cuales "campesino" resulta o no una categoría de adscripción válida para los nativos. Esta situación, en la República Oriental del Uruguay, se torna aún más apremiante en tanto las representaciones de este país, hacia dentro y fuera de él, oscilan entre un "campo deshabitado"⁴ y un Uruguay "eminente dedicado a la ganadería" (Moraes, 1990). Ambas imágenes, fuertemente arraigadas en las narrativas sobre la nación, parecieran haber marginado cualquier interrogación acerca del lugar o la importancia del campesinado en Uruguay, tal como lo expondría la ausencia en este país de un debate como el que aquí reseñamos brevemente para la Argentina, aún así menos profuso que el que puede hallarse en México o Perú.

Si es verdad que "el campesinado no encaja bien en ninguno de nuestros conceptos generales de sociedad contemporánea" (Shanin, 1983: 275), no es menos cierto que esta categoría continúa siendo válida en tanto diversos actores sociales hacen uso de ella. En los próximos dos acápites veremos cómo y cuándo los "peludos" de Bella Unión, a lo largo de su historia sindical, ponen en acción, significan y representan un "ser campesino" que, como categoría nativa, se identifica o se distancia de las definiciones que hemos reseñado en este acápite.

Cuando fuimos campesinos: interlocuciones, prácticas y representaciones entre las décadas de 1960 y 1990

*... he venido caminando,
desde Artigas hasta acá,
todo el camino gritando
'viva Sendic y UTAA!'*...

Desde la década de 1960 varios autores se han ocupado de la definición de la categoría nativa "peludo". Como un "tipo humano" propio del campo uruguayo (Vidart, 1969), como "proletariado agrícola" (González Sierra y Porrini, 1987; González Sierra, 1994; Moraes, 1990) o como "trabajadores rurales" (Prieto, 1986), estos textos suelen privilegiar la inserción de los *peludos* en la estructura productiva como trabajadores asalariados, más que ponderar en sus definiciones las autoadscripciones del sujeto que abordan.

Siguiendo una lógica similar, otros grupo de autores, anteponen crónicas costumbristas que muestran a los *peludos* en el imperio de la carencia y en la "toma de conciencia revolucionaria" en los años sesenta y setenta (Blixen, 2000; Campodónico, 2001, 2003; Rosencof, 1986; Fernández Huidobro, 1999). Estos trabajos ligan la definición de *peludo* a una lectura del campesinado "descriptiva, heroica y revolucionaria" (Williams, 2000) anclada en la fundación de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), el sindicato que reúne a los *peludos* desde el año 1961. Desde entonces *peludo* es soporte de una interpretación que se propuso ver en este sujeto y en la lucha de su sindicato, el espacio dinamizador de la revolución social en Uruguay. Esta lectura -particularmente sensible a los jóvenes de las capas medias urbanas que se sumaron a las distintas organizaciones revolucionarias políticamente activas del período- privilegió el vínculo entre la UTAA y Raúl Sendic, uno de los fundadores y el máximo referente del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T). La tarea de Sendic como notario y dirigente de la UTAA, las 5 marchas a la ciudad de Montevideo que realizó el sindicato entre 1962 y 1971 y la incorporación de varios de

⁴ Los últimos datos censales estiman que más del 80% de la población en el Uruguay reside en centros urbanos.

los peludos al MLN-T, fueron insumos de "movimientos, tanto teóricos como prácticos, que procuraron en la población del campo apoyo para proyectos políticos radicalizados" (Ratier, 2004).

En la literatura dedicada a dar cuenta de los primeros años de la UTAA en sintonía con la creación del MLN-T, la operación señalada por Ratier se realiza en dos movimientos. Por una parte, con la folclorización y la estetización de la pobreza, la dominación y la explotación de *los peludos* en el medio rural.⁵ Por la otra, con la descripción de *los peludos* como *los peludos de Sendic* y la presentación de este último como *líder campesino* que recupera en la continuidad histórica la revolución artiguista traicionada en el siglo XIX (Merenson, 2004).

En sintonía con el discurso imperante en los movimientos revolucionarios latinoamericanos en los años sesenta (Carranza Mena, 2000), los documentos sindicales de la UTAA aproximan "*campesino*" y "*peludo*" para dar sentido a la lucha por la Reforma Agraria que tuvo, como primer escalón, la expropiación de 33.000 hectáreas improductivas en Bella Unión, en el año 1962. En este punto la asociación es clara: cuando el reclamo es *tierra para el que la trabaja*, *los peludos* se presentaban a sí mismos como "campesinos" aunque, por fuera de esta reivindicación, esta adscripción cae en desuso, por ejemplo a la hora de negociar convenios colectivos de trabajo, exigir mejoras en las condiciones laborales o expresar contradicciones o diferencias de clase.

En los años sesenta "*campesino*" parece la nominación apropiada para interpelar al Estado y sus agentes. El pasaje de "*peludo*" a "*campesino*" obedece al interlocutor político del reclamo, de ahí que en el año 1970 y como consecuencia del "Encuentro Campesino" realizado en Bella Unión, la UTAA haya sido el principal promotor de la creación del Movimiento Nacional de la Lucha por la Tierra (MNL T).

La importancia que adquirió la Reforma Agraria en Uruguay en la década de 1960 no deja de resultar paradójica y puede considerarse a partir de los documentos sindicales y las movilizaciones de la UTAA,

⁵ Parte del relieve y la folclorización a la que me refiero queda evidenciada en la nominación que el MLN-T dio a la proletarianización de sus integrantes: *proceso de peludización*.

pero también a partir del número de proyectos parlamentarios de Reforma Agraria presentados en el período que abordamos en este acápite⁶. Esta trascendencia, en un país que en el año 1963 encontraba al 88% de su población residiendo en centros urbanos (Costa 1972: 12) pone de relieve el modo en que la mítica revolucionaria que encarnaron los "*peludos*" fue acompañada por una resignificación del campo y de la vida rural que encontró eco en un arco político ideológico por demás amplio. En este contexto, *los peludos* como "*campesinos*" en la lucha por la Reforma Agraria se inscribían en la historia nacional como los destinatarios, ya en el siglo XX, de la frase de Artigas que aseguraba que "los más pobres serán los más privilegiados" con el Reglamento de Tierras de 1815, considerado en el relato nacional el primer proyecto de Reforma Agraria de América Latina⁷.

Entre 1973 y 1985, la última dictadura militar marcó trágicamente la historia del Uruguay. La inusitada militarización de Bella Unión, las rondas nocturnas, los allanamientos, las persecuciones y las detenciones irrumpieron con una masividad excepcional en la vida cotidiana del pueblo y obviamente en la actividad del sindicato. Sus dirigentes pasaron a la clandestinidad, fueron detenidos por las fuerzas de seguridad y, otros, fueron secuestrados y desaparecidos en la frontera territorial. Sin embargo, la violencia política en el transcurso de la última dictadura militar encontró un marco paradójico en Bella Unión que, aún hoy, crea entre sus habitantes lecturas complejas y contradictorias: fueron años duros, pero también fueron años de cosechas record, de máximas superficies sembradas⁸, de zafras

⁶ Marcel Achkar (2005: 112) señala que entre 1960 y 1964 se presentaron 10 proyectos de Reforma Agraria en el parlamento que prácticamente involucraban a todo el arco ideológico. Al momento de la primera "marcha" cañera había en el parlamento dos proyectos presentados por las bancadas del Partido Comunista y el Partido Socialista. Tres proyectos de la Unión Cívica, dos de los sectores herreristas, otros dos de la Unión Blanca Democrática, uno del Partido Colorado y dos pertenecientes a grupos batllistas. Si bien ninguno de los proyectos se convirtió en ley los años que van entre 1940 y 1960 fueron un período en el que la cuestión agraria constituyó uno de los temas centrales del debate parlamentario.

⁷ Acerca del Reglamento de Tierras de 1815 véase Reyes Abadie, 1986.

⁸ De 1800 hectáreas de azúcar en el año 1945 pasó a plantarse 4900 hectáreas a mediados de la década de 1950. El pico máximo fue en la cosecha de 1976/77, con

de nueve meses y, prácticamente, de pleno empleo. A la duración de la zafra azucarera se sumaba para *los peludos* la posibilidad de trabajar en los planes de obras públicas que incluyeron la construcción de caminos, plazas y la reconstrucción del puente internacional que desde 1976 comunica Bella Unión con Barra do Cuareim, en la República Federativa de Brasil.

El binomio amigo/enemigo que atravesó el discurso de la dictadura uruguaya caló hondo en las prácticas de significación de los habitantes de Bella Unión que, por lo general, cuando recuerdan los años del terrorismo de Estado se refieren al enfrentamiento entre *los azules y/o verdes*⁹ y *los tupamaros*, nominación que incluye a *los peludos* integrados al MLN-T. La disrupción del orden considerado "normal" que significó en Bella Unión el terrorismo de Estado abonó el empleo del término *tupamaro* con una acepción negativa, como sinónimo de "revoltoso" o como "mala palabra" que, en el encadenamiento de sinónimos y sentidos, suma "campesino" al estigma.

La apertura democrática uruguaya que comienza en el año 1985 marcó a lo largo de la década de 1990 un acompasado estancamiento y crisis del sector azucarero.¹⁰ En lo que respecta a la UTAA, el regreso a Bella Unión de sus "dirigentes históricos", tras el exilio o la prisión, abrió una serie de disputas intergeneracionales con los militantes más jóvenes, expresadas en la recuperación del sindicato y en la creación de

algo más de 11000 hectáreas (González Sierra, 1994; Moraes, 1992).

⁹ De este modo los habitantes de Bella Unión nominan y distinguen -por el color de sus uniformes- a los integrantes de la policía y al ejército respectivamente.

¹⁰ En los últimos 10 años la superficie agrícola sembrada con caña de azúcar se redujo a menos de la mitad. De los 5 ingenios instalados en las cercanías de Bella Unión entre 1950 y 1960 sólo continúa funcionando uno: CALNU. Este ingenio, en los últimos 5 años, pasó de emplear 1000 obreros a emplear 500. La zafra vio disminuida su duración y su capacidad para absorber mano de obra. Desde el año 2000 la zafra dura un promedio de 3 meses y los puestos disponibles en el corte de caña apenas alcanzan a cubrir la demanda local, por lo que el arribo de trabajadores zafrales procedentes del Brasil y la Argentina disminuyó considerablemente. Vale aclarar que la disminución de zafreros procedentes de Brasil y Argentina también obedece a las políticas cambiarias que hacen que en los últimos años los jornales uruguayos no signifiquen una verdadera opción laboral. En la zafra del año 2004 la UTAA registró 100 cortadores de caña de origen brasileño, prácticamente la mitad de los registrados en la zafra del año 2003.

otro: el Sindicato Único de Trabajadores Rurales de Artigas (SUTRA). Mientras que el SUTRA justificó su fundación en "la necesidad de construir un gran sindicato capaz de nuclear a las grandes masas de trabajadores rurales de la zona" y en "el miedo que la gente de aquí [en referencia a Bella Unión] tiene a UTAA por su contacto con la guerrilla" (La voz de UTAA, N° 2, 1985), la UTAA se dio a la tarea estratégica de reconstruir sus vínculos con los habitantes de Bella Unión.

Las estrategias seguidas para la reconstrucción de la UTAA en el período posdictatorial pusieron en evidencia las modificaciones operadas en la definición de *peludo* que, aunque continúa refiriendo a los hombres empleados en el trabajo del corte de caña¹¹, incluye extensivamente sus familias: a sus "mujeres"/parejas/esposas, hijos/as y, eventualmente, a hermanos/as y padres que colaboran en el mantenimiento del hogar y que, con grados y compromisos variables, participan del sindicato. A diferencia de los sentidos asignados a los usos y representaciones de la categoría "campesino" en las décadas de 1960 y 1970, hoy, ésta, parece sugerir una serie de modificaciones vinculadas a la apertura del sindicato, al intento de remontar la herencia identitaria y la impronta dictatorial y a las estrategias seguidas para afrontar la crisis del sector azucarero. Dado que los movimientos sociales, los actores, los sentidos de la acción, la participación y el compromiso, inclusive la "identidad", no son fenómenos estáticos que se fijan y se cristalizan de una vez y para siempre, sino procesos que se quiebran y se refuerzan (Jelín, 2003: 44), en el próximo apartado veremos las modificaciones operadas sobre la categoría, para lo cual referiremos algunos eventos etnográficos ocurridos entre 2003 y 2005.

¹¹ Si bien entre las décadas de 1940 y 1960 era habitual que las mujeres trabajaran en el corte de caña, a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, se volcaron al trabajo en la horticultura o al servicio doméstico. Algunas de ellas, sin embargo, participan activamente del sindicato. La presencia femenina y su importancia en los sindicatos rurales fue objeto de estudio en las investigaciones desarrolladas en Argentina por Norma Giarracca (1999, 2001).

Cuando somos campesinos: interlocuciones, prácticas y representaciones en la actualidad

*Con mi china y mis gurises,
sin maleta y desarmao',
yo vine aquí porque quise,
a mi naides me ha mandao'...*

Los modos pensar las aproximaciones entre "campesino" y "peludo" en la actualidad se ajustan a los desafíos que enfrenta la UTAA. Éstos están fuertemente relacionados con la crisis azucarera de los años '90, pero también con las tensiones heredadas del proceso represivo que hoy pueden constatarse en las disputas existentes entre los "militantes históricos", apegados a los principios fundacionales del sindicato, y la autodenominada "nueva generación de UTAA", abocada a trazar e integrar una serie de redes variables que los/as militantes sindicales ponen en diálogo con la militancia política, el Estado y diversas ONGs. Entre estas tensiones y negociaciones se trama una nueva operacionalización de la categoría "campesino" que no escapa a los desplazamientos señalados por Bengoa (2003) para la temática agraria y rural en las tres últimas décadas.

Si bien este acápite pone el acento en las distinciones entre los usos y representaciones asignados por los *peludos* a la categoría "campesino" en los años '60 y las que se traman en la actualidad, no podemos dejar de mencionar una suerte de matriz que operaría sobre la categoría "campesino" en Bella Unión: tanto en los sesenta como en la actualidad la categoría "campesino" es una categoría de adscripción *política*, particularmente configurada en torno a los modos en que el mundo rural interactuó e interactúa con otros actores sociales. Al respecto, Bengoa señala que el mundo rural "ha escondido permanentemente sus intereses aceptando las ofertas que le han llegado desde fuera, en lo principal desde la ciudad, tradicionalmente desde el Estado y ahora, más contemporáneamente, desde las ONGs, organismos de desarrollo, agencias de desarrollo rural de todo tipo" (2003: 42). Estas palabras hacen sentido en los datos etnográficos que presentamos a continuación.

Desde mediados del año 2003 el número de militantes activos de UTAA prácticamente se duplicó. Las asambleas del sindicato, que pocas veces llegaban a sumar 30 personas en los años anteriores, pasaron a reunir a más de 100, un número que incluía mujeres desocupadas, pequeños productores endeudados y jóvenes en busca de su primera inserción laboral. Esta transformación se produjo a partir de la puesta en marcha del plan estatal Jornales Solidarios¹² que el sindicato comenzó a coordinar con la junta departamental local y una ONG medioambiental de gravitación nacional.

"El tema de los jornales" produjo posiciones encontradas que se discutieron en las asambleas de UTAA. Un grupo de militantes sostuvo que el sindicato no debía *hacerle el juego al gobierno* participando de *su asistencialismo* mientras que otros, en cambio, veían en *los jornales* la posibilidad de *dar una mano al peludo y al pequeño productor* implementando los planes, no en las instituciones estatales de la ciudad, sino en las chacras de los pequeños productores *a punto de quebrar*. Esta última posición, que partió fundamentalmente de la *nueva generación* del sindicato, activó nuevos matices para las categorías que analizamos aquí y que hoy se expresan en la definición de UTAA como *el sindicato de los pobres* o *de los campesinos sin tierra* como si ambas definiciones operasen como sinónimos aglutinantes de un sindicato pensado como *un lugar que no podía quedarse como era la tradición, porque tenemos cañeros, pero también las empleadas domésticas, los de la construcción, los empleados públicos. Todo el mundo que tiene problemas viene a UTAA*, tal como explicaba Miguel, uno de los dirigentes jóvenes del sindicato.

Si en los años sesenta "campesino" como sinónimo de "peludo" legitimaba la inscripción y la opción ideológica, la lucha por

¹² *Jornales Solidarios* es el nombre que recibe el programa de "empleo transitorio para desocupados" gestionado por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS), la Junta Nacional de Empleo (JUNAE), el Banco de previsión Social y distintas ONG's uruguayas. A comienzos del año 2004 el plan se puso en marcha en ocho departamentos y, en su segunda fase, se extendió a todo el país adaptándose a las necesidades locales. En Bella Unión el programa otorgó, a cada uno de los casi 500 inscriptos, 1.200 pesos mensuales distribuidos en dos pagos.

la tierra y la Reforma Agraria en la demanda y la denuncia del Estado, hoy parecería presentarse como factor y motor de la definición de *peludo* como sinónimo de "pobre". Esta sinonimia –campesino/pobre– no es una particularidad local, sino el resultado de un proceso de mayor alcance que puede constatarse en muchos países de América Latina. Según observa Bengoa, el desplazamiento de la cuestión campesina a la de la "pobreza rural" transformó a los campesinos en objetos de compasión, sin perspectiva de desarrollo autónomo (2003: 78). Sin embargo, lo que sí es parte del repertorio local de *los peludos* de Bella Unión es la potencialidad otorgada a este emparentamiento, que si bien fue sugerido desde el Estado con los planes sociales, también es significado por *los peludos* a la hora de elaborar una identidad que tiene mucho de estratégica. No sólo porque, en este caso, asumirse como "campesinos" y "pobres" impulsa la acción colectiva, sino también porque da lugar, en un plano de hipotética igualdad, a la alianza con otros actores sociales entre los que se encuentran *los pequeños productores*¹³.

La relación mejor que ahora hay con el pequeño productor, según explicaba Hilario, quien se definió como un pequeño productor que cayó en peludo hace 5 años, encontró una forma organizativa. Desde diciembre de 2004, peludos y pequeños productores constituyeron la Asociación de Pequeños Agricultores y Asalariados Rurales de Bella Unión (APAARBU). Este alumbramiento, anunciaba en una audición radial Milton, uno de los militantes activos del sindicato, es el resultado de un largo proceso de discusión entre personas que, históricamente, estuvieron enfrentadas y que, ante la crisis que pasamos, decidimos juntarnos por la producción azucarera y el trabajo en Bella Unión.

La discusión que antecedió al nombre que recibió la organización -APAARBU- constituye en sí mismo un modo de acceder a los sentidos y representaciones que hoy encuentra entre *los peludos* la categoría "campesino". Las razones por las cuales el término "campesino" no formó parte del

nombre de la nueva organización fueron apuntadas, paradójicamente, por quienes objetivamente -y de acuerdo a las caracterizaciones de los textos que vimos en el primer acápite de este trabajo- más se acercaría a esta categoría. Mientras que *los peludos* del sindicato pensaban que estratégicamente integrar esta "palabra" al nombre de la organización uniría a sus integrantes, remarcando la *miseria* que hoy los igualaría, *los pequeños productores* sostuvieron que sería mejor llamarse *granjeros, porque campesino es otra cosa, porque después vienen y dicen de que Sendic era el líder de los campesinos y hoy no nos sirve eso, porque Sendic no era el líder de los campesinos, era el líder de los explotados y de la clase obrera*. En el contexto de la nueva organización, *los peludos* se pensaban como "campesinos" en un intento de igualación o de nivelación "hacia abajo" que tuviese efecto de verosimilitud ante los interlocutores de la futura organización, especialmente ante el Instituto de Colonización, el organismo estatal encargado de la entrega de tierras fiscales. En cambio, *los pequeños productores*, materialmente más cercanos a la categoría en cuestión, ponderaron la necesidad de deshacerse de esta categoría en pos de otras -tales como la de *granjero, asalariado rural o productor rural-*, que parecieran más asépticas política e ideológicamente.

La diferencia en torno a las limitaciones o ventajas que ofrecería la introducción de la categoría "campesino" en la denominación de la naciente organización puede resultar iluminadora: no sólo porque pone de relieve los contrastes entre identidades estratégicamente construidas y aquellas que son producto de condensaciones de mayor alcance, sino también porque esta discusión muestra el modo en que la posesión o no de tierra se presenta en Bella Unión como un eje de diferenciación, de distancia social y simbólica, fuertemente articulado con la categoría en cuestión. De otro modo: *los peludos* -a diferencia de lo que señalan gran parte de los autores del debate que reseñamos en el acápite uno de este trabajo- sólo pueden pensarse como "campesinos" en la carencia de tierras y en la potencialidad de una futura adjudicación; lo que los volvería "campesinos" es la demanda y no la posesión de la tierra. Así, entre los militantes de UTAA,

¹³ Debe considerarse que, antaño, los pequeños productores no escapaban del binomio amigo/enemigo propio del discurso del sindicato en los años '60-'70.

que en su mayoría son segunda o tercera generación de trabajadores asalariados empleados en el corte de la caña de azúcar, la afirmación en la tierra muestra que "el poseer o no un espacio territorial constituye un motivo de seguridad importante, aunque la fuente de sustentación esté también ligada al trabajo asalariado" (Bengoa, 2003: 83). Esta importancia también radica en la pregunta por cuáles son hoy los puntos de encuentro que *peludos* y *pequeños productores* pueden hallar a la hora de compatibilizar sus intereses en una organización como APAARBU. Para aproximarnos a esto último volvamos a una de sus reuniones fundacionales: específicamente, al modo en que se gestó, al menos en parte, la presencia de algunos de los *pequeños productores* en ella.

Aún cuando las convocatorias a las reuniones abiertas de UTAA suelen ser difundidas por la radio local, los *pequeños productores* que terminaron por integrar la APAARBU llegaron al local del sindicato por una serie de vínculos y redes sociales compartidas que debemos considerar en este texto. Lo cierto es que algunos de los *pequeños productores* presentes en la reunión llegaron hasta el local de la UTAA tras las invitaciones personales realizadas por los/as militantes de la UTAA. Entre ellos/as Rosa, invitó a quienes conoce *de la vuelta*, que incluye a sus hermanos del templo pentecostal al que asiste. Según me explicó, luego del culto, *me junté con los productores que estaban y los invité. Yo les dije: 'sí compartimos acá, por qué no compartimos allá'.*

Aunque no es el objetivo de este trabajo analizar las trayectorias religiosas de *peludos* y *pequeños productores*, sí vale destacar el significado que tuvo en la reunión la experiencia religiosa compartida: si la categoría "campesino" no logró igualarlos como pretendían los "*peludos*", las inscripciones religiosas, al menos en parte, fueron propiciadoras del encuentro. Las razones por las cuales esto es así son varias, pero en principio están estrechamente relacionadas con las acciones y redes que practican en sus vidas cotidianas *peludos* y *pequeños productores*. Paradójicamente, en una reunión destinada a la creación de una organización que tendría por objetivo la *lucha por la defensa de la industria azucarera y las fuentes de trabajo en Bella Unión*, la

categoría que posibilitó la agregación no fue tanto una proveniente de la estructura productiva como aquella proveniente de un sistema de representaciones y creencias religiosas compartidas. Considerar esto último explica, al menos en parte, la última definición sobre la UTAA que escuché esa tarde por parte de uno de sus militantes: *este sindicato está abierto a todos, sea de dónde sea, sea de la iglesia que sea.*

Las categorías aceptadas o desechadas en el transcurso de la reunión que traemos al análisis, si bien operan según el lugar que ocupan los sujetos que las constituyen en la estructura productiva, no escapan a las dimensiones significativas que éstos cobran en tanto definen a sus interlocutores y el espacio de interlocución. De otro modo y como términos nativos, "*peludo*", *campesino* y *productor rural* e, incluso, *hermano* son instancias de presentación, adscripción e interlocución entre ámbitos y experiencias distintas que suponen mediaciones sociales y simbólicas, redefiniciones, innovaciones e invenciones (Birman, 1994). Todos ellos comparten una cualidad: son términos-modos de acceder a diversas lecturas de un pasado que anudó fuertemente la categoría "campesino" a una opción política e ideológica que hoy parece demandar una interpretación que permita el ingreso en el análisis no sólo de las formas que encuentran los sujetos para hacer frente a los dilemas que proponen las crisis económicas y los estancamientos sectoriales, sino también de las tramas culturales, religiosas y políticas que, inscriptas en prácticas de historización de larga data, permiten dar sentido a los desplazamientos que vimos a lo largo de este trabajo.

Conclusiones provisionarias

*... vaya sacando la cuenta.
No pregunte quién soy yo."*
Alfredo Zitarrosa, Milonga Cañera

Hasta aquí este trabajo se propuso afirmar que los sujetos sociales del "campo" se constituyen de una manera compleja y positiva, distante de la crítica que oscila entre el sustancialismo y el mecanicismo que los define como grupos que viven en una

transición teleológica entre puntos fijos y predefinidos ahistóricamente.

Más que "depurar" definiciones identitarias, este trabajo se propuso advertir que las aproximaciones y distanciamientos entre *peludo* y "campesino", que gran parte de la literatura interpreta como correlato del lugar que cabe a los sujetos en la estructura productiva, se desarrolla para los nativos en el marco de un diálogo con el pasado reciente y con los cruces posibles que muestran las adscripciones políticas, culturales y religiosas. El caso que presentamos en estas páginas indicaría que la categoría "campesino", más que un "efecto de teoría", es parte constitutiva del repertorio cultural y político que dio sentido al desarrollo sindical de la

UTAA para designar ante todo una relación de subordinación que, aunque variable en el tiempo, hunde sus raíces en la historia del Uruguay.

Tomar en cuenta esta lectura nos permitiría, sino controlar, estar al menos atentos al riesgo que supone reforzar una categoría de análisis que en las prácticas y en las representaciones de los sujetos adquieren sentidos particulares. Se trata entonces de reconocer en la voz nativa aquello que nos alerta contra la reificación, la idealización o la modelización *a priori* de una categoría que debiera pensarse en la intersección de sus definiciones nativas, conceptuales, políticas y analíticas.

Bibliografía citada

Achkar, Marcel (2005), "Soberanía alimentaria y reforma agraria en Uruguay", en: VV.AA *Colonización y Reforma Agraria*, Montevideo, CADESYC.

Archetti, Eduardo P. y Stölen, Kristi Anne (1975), *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Bengoa, José (2003) "25 años de estudios rurales" en: *Sociologías*, 10

Birman, Patricia (1994), *A dança dos sincretismos*. Rio de Janeiro: Comunicações do ISER.

Blixen, Samuel (2000), *Sendic*. Montevideo, Trilce.

Campodónico, Miguel Ángel (2001), *Mujica*. Montevideo, Fin de Siglo.

_____, Miguel Ángel (2003), *Las vidas de Rosencof*, Montevideo, Aguilar.

Careiro, María José (2000), *Ruralidades contemporâneas: modos de viver e pensar o mundo rural na sociedade brasileira*, Rio de Janeiro, CLACSO.

Carranza Mena, Douglas (2000), "Identidades poscampesinas en El Salvador". Papper presentado en *Quinto Congreso Centroamericano de Historia*. 18-21 de Julio.

Costa, Omar (1972), *Los tupamaros*. México, Ancho Mundo.

Chayanov, Alexander (1985), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Delich, Francisco José (1972), "Estructura agraria y tipos de organizaciones y acción campesina" En: Marsal, J.F. (comp) *Argentina conflictiva: Seis estudios sobre problemas sociales argentinos*, Buenos Aires, Paidós.

Fernández Huidobro, Eleuterio (1999), *Historia de los Tupamaros*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Giarracca, Norma (coord.) (1999), *Estudios rurales: teorías, problemas y estrategias metodológicas*. Buenos Aires, La Colmena.

_____ (2001), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Buenos Aires, CLACSO.

Gómez, Sergio (2001) "¿Nueva ruralidad? Un aporte al debate" en: *Estudios Sociedade e Agricultura*, n° 17.

González Sierra, Yamandú (1994), *Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*. Montevideo, FEDESUR-CIEDUR-Nordan Comunidad.

Jelín, Elizabeth (comp.) (2003), *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*. Buenos Aires, libros del Zorzal.

Kearney, Michael (1996), *Reconceptualizing the peasantry: anthropology in global perspective*. Boudel, Westview Press.

Manifiesto Inaugural (1998), *Teorías sin disciplinas (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Edición digital de José Luis Gómez Martínez.

Marx, Karl (1971), *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires, Editorial Anteo.

Merenson, Silvina (2004), "Peludos, caramelos y sucedidos". La incorporación del campo y los trabajadores rurales en la construcción de un pasado para la militancia tupamara montevideana, en *La lucha armada en Argentina* año 1, número 1.

Moraes, María Inés (1992), *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Posada, Marcelo Germán (1996), "En torno a los campesinos argentinos: aportes críticos para su estudio y discusión", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe (EIAL)*, Vol. 7, jul-dic.

Prieto, Ruben Gerardo (1986), *Por la tierra y por la libertad*. Montevideo, Nordan-Comunidad.

Ratier, Hugo (2004), *¿Campesinos en la Argentina? Aproximaciones antropológicas*. Ponencia presentada en *III Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Cultural. Antropología y Ruralidad: un reencuentro*. Tilcara, 3, 4 y 5 de Marzo.

Redfield, Robert (1956), *Peasant Society and Culture*. Chicago, University of Chicago Press.

Reyes Abadie, Washington (1986), *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Hyspamérica.

Sección de textos

Rosencof, Mauricio ([1969] 1989) *La rebelión de los cañeros y "Los hombres del arroz"*. Montevideo, Tae.

Shanin, Theodor (1983) *La clase incómoda*, Madrid, Alianza Editorial.

Vidart, Daniel (1969), "Tipos humanos del campo y la ciudad". *Colección Nuestra Tierra*. Montevideo, Nuestra Tierra.

Wolf, Eric (1972), *Las luchas campesinas del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Williams, Raymod (2000), *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión.